



Otro personaje emblemático de la ciudad, quizás el más pintoresco, es sin dudas el **Caballero de París**, amable viandante de luengas barbas y cabello y capa negra, que se paraba en cualquier esquina con aires de nobleza.

Su verdadero nombre era José María López Lledín y su nacionalidad la portuguesa. Inició su peregrinar en la década del 20 del pasado siglo y su existencia plácida y mítica se extendió hasta el 11 de julio de 1985.

La causa de su desequilibrio emocional, que lo llevó a convertirse en el noble loco, es todavía un misterio, aunque la mayoría de los investigadores están de acuerdo con que la motivaron varios años de prisión que sufrió a causa de una denuncia injusta.

Gracias a su locura, su comportamiento pintoresco, su refinada educación y la magia de su comunicación, atrajo la atención y se ganó el cariño y respeto de los habitantes de esta urbe.

Lo recuerdo parado en el soportal de Lámparas Quesada, en Infanta y San Lázaro, en una clurosa tarde. Llevaba un bolso lleno de periódicos, revistas y otros papeles. Cuando mi hermano y yo pasamos, acompañados de nuestra madre, nos detuvo, sacó de su bolsa una caja de fósforos vacía y la rasgó para obsequiarnos con sendas tarjetas improvisadas en las que había escrito con firme trazo: “Viva Fidel”.